

EL TIEMPO SEMEJANTE

Juan Carlos Astudillo S.



EL TIEMPO SEMEJANTE

Juan Carlos Astudillo S.

Allé, Gobind Jot y Param Dhyan

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

EL TIEMPO SEMEJANTE

Juan Carlos Astudillo S.

Francisco Salgado Arteaga
RECTOR

Martha Cobos Cali
VICERRECTORA ACADÉMICA

Jacinto Guillén García
VICERRECTOR DE INVESTIGACIONES

Toa Tripaldi Proaño
DIRECTORA DE COMUNICACIÓN Y PUBLICACIONES

Verónica Neira
CORRECCIÓN DE ESTILO

Daniela Durán
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

ISBN: 9789942822482

EISBN: 9789942822376

*Confía en lo que oyes cuando escuchas y encuentra la puerta de la liberación.
Nanak: aunque vagues perdido, no habrá necesidad de pedir nada...*

Nanak Dev Ji - Japji Sahib.

Misterios de lo circular

Todo en *El tiempo semejante*, el poemario de Juan Carlos Astudillo Sarmiento, es un retornar hacia la hondura del paisaje, del ser que forma un todo con la naturaleza, de la meditación inagotable, del pensamiento que parece un mar -de nubes, de silencios, de corrientes cristalinas-, en incesante vaivén trascendental, perenne.

Nuestro querido Tuga se siente unimismado con el paisaje, que le ofrece los motivos para una hermosa colección de fotos, en la que -con su delicado arte de fijación de imágenes- opta audazmente por el blanco y negro. Esto nos lleva a pensar que nunca habla directamente del entorno, por bello que pueda ser, si no de la resonancia que este tiene en el interior del alma humana; esos ecos milenarios que resuenan secretamente en nuestro interior, aunque no todos estemos en capacidad de percibirlos.

Por eso, el tiempo es semejante a sí mismo, a la mente y la sensibilidad del hombre, del poeta, y particularmente de Astudillo, en esa sutil relación en que entran él poeta, naturalmente, y el todo: las vivencias, las percepciones del mundo y del yo, la mujer, las hijas, los seres más próximos, los más amados, aquellos en los que la enigmática tempestad de lo temporal, tan pronto pasa como se detiene eternamente.

Una y otra vez, Astudillo reflexiona sobre ese fluir de los tiempos, que tan pronto parecen ser históricos, míticos, objetivos –el día, la noche, el amanecer–, como subjetivos, detenidos en la palabra, a la que le dan una especie de pátina de eternidad.

La imagen visual y la palabra se hermanan a lo largo del volumen, nos ponen reiteradamente ante un fenómeno de circularidad que nos abisma, enajena y libera, todo simultáneamente.

La lectura más apropiada de este volumen de gran intensidad lírica, es la simultánea, en que aproximamos –o intentamos, al menos– llegar a la hondura de las reflexiones poético–doctrinarias que salen del hondón del alma del poeta, y nos remansamos en las emociones paisajísticas, tan profundas, tan llenas de indescifrables contenidos, tan sugerentes, tan fuera de la noción común de las percepciones de lo real, que parecen la materialización de aquello que alguien llamaba los paisajes del alma.

Frente a este libro de enigmática belleza, nos sentimos arrastrados por el torbellino de lo temporal y de lo eterno, porque nada es lo que parece; vamos dando la razón al poeta, percibiendo su semejanza perenne con el cosmos, con los otros, con el todo, en la que nos envuelve como en una gran túnica de silencios y voces internas, entrecortadas, mistericas, hasta descubrir el remolino de la imagen fotográfica final, en el que nos sumimos ya, definitivamente, abandonados a nuestro yo más íntimo, ovillados en la transparencia de las visiones poéticas y plásticas continuas, que en su incesante manifestación, constituyen una especie de gran alegoría de la historia, de la vida, de las emociones y las circunstancias de todo aquello que forma el gran *mare magnum* del ser y el estar de los humanos en el mundo, en la palabra frágil y perpetua, en sí mismos, en su cielo y su abismo permanentes.

Jorge Dávila Vázquez

El tiempo semejante: palabras e imágenes para un canto espiritual

1.- Órbitas y rotaciones

Friedrich Nietzsche, el ateo e immoralista de *Ecce homo*, y en el fragor de su gran política contra la moral cristiana, hacía en un elogio del budismo, en razón de que su “higiene” dependía del hecho de vencer el resentimiento y liberar el alma de los efectos de tal desasosiego: “No por enemistad se pone fin a la enemistad, por amistad llega la enemistad a su fin” era la enseñanza de Buda. Lo que queremos subrayar con esto, aparte de la amistad y de la higiene contra el desasosiego, es la manera en que se pueden establecer puntos de contacto entre dos tradiciones, dos universos conceptuales que aparentemente giran en órbitas inaccesibles la una para la otra. Y es que, *El tiempo semejante*, la colección de poemas/fotografías de Juan Carlos Astudillo S. o Dharam Dhyán Singh, nos plantea este encuentro y mezcla de tradiciones, de praxis vital y pensamiento, de relación con el otro, con el mundo y consigo mismo. Y, además, de poemas y fotografías que intentan a su vez establecer puentes de sentido y sugerir a coro un cántico, que partiendo de lo material aspira a una peculiar forma de espiritualidad, cuyas cotas más altas, su extremo unitivo, son el Vacío paradójicamente lleno de todo.

2.- Del nacimiento a la metamorfosis

Juan Carlos Astudillo (1979) tiene una reconocida trayectoria como poeta y fotógrafo. Nacido a la luz del colectivo *Salud a la esponja* y sus revistas (1999-2011), esa explosión juvenil naturalmente quedaría atrás, y el poeta seguiría su propio camino de maduración; un camino seguido a las sombras de crisis, preguntas y más preguntas, con respuestas no siempre felices ni acertadas. Había algo que estaba buscando, sobre todo en el plano de la unidad entre interior y exterior. Dos hechos serán definitivos como respuestas a esas preguntas y búsquedas. Primero, su encuentro con la fotografía, ligado a la circunstancia de que durante mucho tiempo fue guía turístico de montaña y caminata, lo cual explica el singular paisajismo impresionista que se observa en sus imágenes. Y segundo, un hallazgo que tiene que ver directamente con sus inquietudes contemplativas: el sufismo, y más adelante, con el movimiento espiritual Sikh Dharma, que fuera fundado por Gurú Nanak, en el siglo XVI, a partir del poema *Canción del alma* o *Japji Sahib*, texto que se recita o canta en forma de mantras reiterativos, con la estructura de llamada/respuesta (musicalmente parecido a los *spirituals* o el *gospel*).

3.- La senda de las meditaciones

El abrazo de una nueva doctrina implica un remezón a todo nivel, desde el cambio de hábitos de vida, alimentación, relaciones, e incluso de nombre. Juan Carlos fue bendecido, como él mismo dice, con el nombre de Dharam Dhyan Singh; nominación condicionada por los números de su nacimiento y según los principios de la numerología tántrica, en tanto vibración que resonó en su ser al momento de entrar en el plano carnal o sonido que emitió el cosmos en su encarnación; y que significa: Dharam, camino de la ecuanimidad; Dhyan, estado profundo de meditación; y Singh, guerrero/León de Dios; es decir, León/guerrero de Dios que vive en rectitud a través de la meditación profunda. De esta manera, el poeta entra en la senda de una doctrina meditativa, unas vibraciones y sonidos, unos rituales, que se levantan sobre el poema Japji Sahib, el canto de 40 pauris o párrafos que describe el viaje del alma hacia el cuerpo y su posterior regreso al infinito. Es cierto que hay resonancias conceptuales con el neoplatonismo trascendentalista y su binarismo de alma y cuerpo (binarismo dentro del que el cuerpo es el término menor), excepto por un panteísmo sifista en que el Dios o Dador del sikhismo no es una persona, sino la totalidad, el sonido o vibración presente en todo y en nada, y excepto también, porque en el sikhismo hay una verdadera celebración de la vida y del todo. Ahora, Dharam Dhyan Singh, consecuente con esa opción contemplativa, es un maestro de Kundalini Yoga.

4.- *Espiralía*

Ya en *Espiralía*, su colección de poemas de 2013, libro que como un haz y un envés lo firman Juan Carlos Astudilo y Dharam Dhyan Singh Aziz, la crítica María Rosa Crespo revelaba la “creciente riqueza de los temas saturados de desazones metafísicas”; pero además, encuentra ecos con el poeta místico del siglo XVI, Fray Juan de la Cruz, en el sentido de que Dharam Dhyan Singh “nos relata, en clave lírica, sus historias de amor y de felicidad de alcanzar lo infinito en el seno de lo finito”; y finalmente, María Rosa Crespo dice que en el “éxtasis espiritual o vía unitiva... exaltada por el rigor de las abstracciones” hay una “búsqueda amorosa en la que, *Espiralía*, claro-oscura de adversidad y gloria, el alma busca evadirse de su exilio terrestre”; esto es que, en los poemas hay puentes entre la mística cristiana y oriental, y esos puentes descansan sobre la idea de que este mundo y el cuerpo son los términos menores, pero con el cambio en la idea de que el alma, término mayor, es la que cruza la barrera individual hacia el cosmos infinito y hacia Dios, “aunque se oculte./aunque se disfrace./aunque nos esquivé”. Sí, *Espiralía* es la supremacía de palabras y conceptos mayores, trascendentes, donde hay poco espacio (y tiempo) para lo inmediato y cotidiano, para los utensilios, las herramientas y los objetos. El poeta se mueve en la órbita del santuario, y deja atrás lo que considera ordinario: “yo/Presente/disonante/aplause/creado/embelesado/alado/encantado y converso/dispuesto/sendero/silente/atesorado/enaltecido y abrasivo”.

5.- La imagen y la palabra contemplativas

Igualmente, en *Espiralía*, y su juego de polaridades entre quietud y movimiento, entre contemplación pasiva del mundo y otra activa que va hacia el mundo, hay fotografías que acompañan o introducen las dos secciones que componen el libro, y cuyos contenidos contrastan reveladoramente con el aliento hacia la contemplación meditativa de los poemas; es decir, hay en las imágenes una materialidad y objetualidad que ancla su iconicidad en lugares y paisajes, escenografías y figuras de la realidad más inmediata: rieles, una estatuilla de la Virgen católica, fósforos, un hombre que marcha sobre la arena, unas manos, un socavón. Esta tensión entre la inmanencia de las imágenes y el trascendentalismo de las palabras, entre el universo concreto y abstracto que unas y otras evocan, va a desaparecer en *El tiempo semejante*, ya que, desde el título, en las palabras e imágenes, se va imponer un discurso de abstracciones y de elevaciones espirituales.

6.- Las grandes visiones

Es una aventura estética colocar la palabra poética junto a otra forma expresiva, sobre todo, porque cada modo de expresión opera con materias y mecanismos diferentes. Y, sin embargo, es larga la lista de quienes se atrevieron a esa aventura. Así, muy respetada es la tradición de la narrativa ilustrada, como lo demuestran, para no ir muy atrás, los grabados de Gustave Doré, de Daniel Urrabieta Vierge o de Ramón Calsina para *El Quijote*. Igualmente, de poemas vueltos figuras, como los muy celebrados de *Calligrammes* (1918), de Guillaume Apollinaire; e incluso de poesía en movimiento gracias al cine, en *Anémic cinéma* (1926), de Marcel Duchamp. En el campo editorial de la poesía y la fotografía son imperdibles los fotolibros, *Poeta de Nueva York* (1966), de Lorca, con fotografías de Oriol Maspons y Julio Oubiña, así como, *Alturas de Macchu Picchu* (1954), de Neruda, con fotografías del gran maestro peruano, Martín Chambi. Nuestro país cuenta con el antecedente de *Corona de cuerpos* (1992), que combina poesía de Cristóbal Zapata, con dibujos y acuarelas de Patricio Palomeque. Entonces, es en la serie del fotolibro/poemario en donde es más oportuno colocar *El tiempo semejante* de Dharam Dhyani Singh.

7.- La continuidad de los portales

La fotografía de paisajes ha sido elegida para vehicular las preguntas y respuestas contemplativas del poeta. Dentro del impresionismo o pictorialismo intencionado de *El tiempo semejante*, poética de la imagen que viene de Anselm Adams y llega a Sebastián Salgado, se destacan grandes cielos y bosques, luz solar y oscuridad, cimas y hondonadas, lagos y bancos de nubes, elementos todos sometidos a un juego de distancias y cercanías que sugieren grandeza, soledad, vida y devenir. Aquí es evidente la no presencia de figuras; solo el paisaje basta para indicar la magnificencia de la duración y el cosmos infinito en su expansión, es decir de Dios, el Dador del sikhismo. Todo el conjunto palpita en blanco y negro, y con mucha profundidad de campo. Allí, en este juego de distancias y cercanías se puede percibir una lucha, unas veces feroz y otras pacífica, entre claridad y oscuridad; alternativamente, una de las dos parece imponerse sobre la otra.

8.- El Vacío y su llenura

Es la misma dialéctica de oposición/convergencia que ocurre entre foto y poema. Por momentos parecería que las imágenes con su altisonancia devoran o desplazan al poema. Pero no, podemos y debemos asimilar las paradojas que nos plantea el poeta, y establecer las continuidades y choques, los emparejamientos de distantes o el cruce de contrarios; evidentes a veces, secretos, subterráneos e inesperados, otras. Y es que, a ello colabora la distribución de las palabras en el blanco de la hoja, con mucho espacio entre ellas. Igualmente, la caprichosa puntuación entre líneas y palabras permite abras, líneas de fuga y comunicación con el territorio blanco que conduce a la imagen. He aquí la propuesta de un canto espiritual de ida y vuelta, de llamado/respuesta, entre lo icónico y lo lingüístico.

Si es difícil establecer la presencia de un Yo en las imágenes, salvo por las decisiones de forma y contenido, y acaso por el trabajo de posproducción y retoque, en los poemas, al contrario, hay una nítida voz enunciativa que dice “yo”: “aprendo de una lengua ajena a conjugar el tiempo y los juegos en distancia”. Pero esta primera persona, más bien discreta y escrita con minúscula, es el centro que balancea con aquello que de entrada el poeta define como el gran polo opuesto que converge en lo humano: “todos/los canales/del/

Vacío/nos asisten”. Bella idea de un Vacío acanalado, porque entonces significa que el Todo es un sistema de vasos comunicantes, como la mónada leibniziana. Allí están los dos polos, yo y el Vacío acanalado articulando otras polaridades: quietud/movimiento, soledad/espasmos de la totalidad, la Palabra/Nada; que a su vez articulan un universo en el que se dan cita la duración de los minutos, el sonido y el eco, y el color, siempre el color, los pájaros y el río, el lago y la montaña: “la realidad es una infinita voluta de vocablos minúsculos que quieren decir: *en donde duerme el eco*”.

En este sistema de vasos comunicantes, de pasajes dentro de la mónada, hay un mirador; y es curioso que sea un sillón el lugar geográfico y antropológico que organiza la mirada: “desde la esquina del sillón/el bosque y su laguna/la vista que se pierde/la vastedad que agrieta el mundo”. Ese objeto familiar le permite al meditativo poeta llamar a la hija y a la amada (“mi mujer es agua/paisaje/valle), a la pared y a la ventana, a la máscara y a la bandera, a unirse en su magnífico coro de rotaciones sucesivas. Hacia el final, el poeta se va al río repitiendo, como un mantra: “ningún lugar te pertenece/ todos los vacíos/son/indicios”.

Galo Torres Palchisaca



todos
los canales
del
Vacío
nos asisten

- mañana de ruido y sed

su decir

es una
pausa

desnuda, híbrida, brillante...



un color
que enciende el paladar
al presionarlo

cierta luz
tibia
tras once minutos de anclaje

el sonido

la vista horizontal

su tacto



aprendo de una lengua ajena a conjugar el tiempo y los juegos en distancia.

consigo apartar el diálogo del nombre.

encuentro un cristal en todas partes.

un poema.

la quietud.

aquello que observo cuando caigo y escribo o ato a un espasmo que cuezo dentro y enciende la soledad en la habitación.

- *Entonces, si lo permites,
digo,
una sonrisa para hamacar
el mundo
y las manos tendidas,
a solas:
tú,
que somos nosotros,
todos...*



si enciendes la montaña
flotando
cada
paso
te ofrezco
las gotas que irrigan su tacto
al
desnudarlas

*(flotando
cada
paso)*



la soledad es una sonrisa equívoca.
un millón de espasmos intermitentes en la totalidad.



Las altas torres acuosas

La soledad

Las habitaciones del Sur

Los mapas que atraviesan el cuerpo

la inmensidad y el Vacío

el colibrí

las hojas

el espacio

Los balcones del aire

La verdad

El susurro

El callar que significa un tesoro

un chasquido

el río

un libro

el temblor

(en la vastedad de aquel bostezo informe la realidad es una infinita voluta de vocablos minúsculos que parecen decir:

“en donde duerme el eco...”



mi hija vibra la madrugada
de un
Camino
que sostengo
asido a una mano que lo anuncia:
irreverente,
convencida.

palpita el éter

-tibia y clara-

cuando inaugura lo más profundo del Shabd.



la distancia que dibuja un eco

el tiempo que la esquivo

una esquina en un rincón semejante

el reflejo en que sentimos soledad

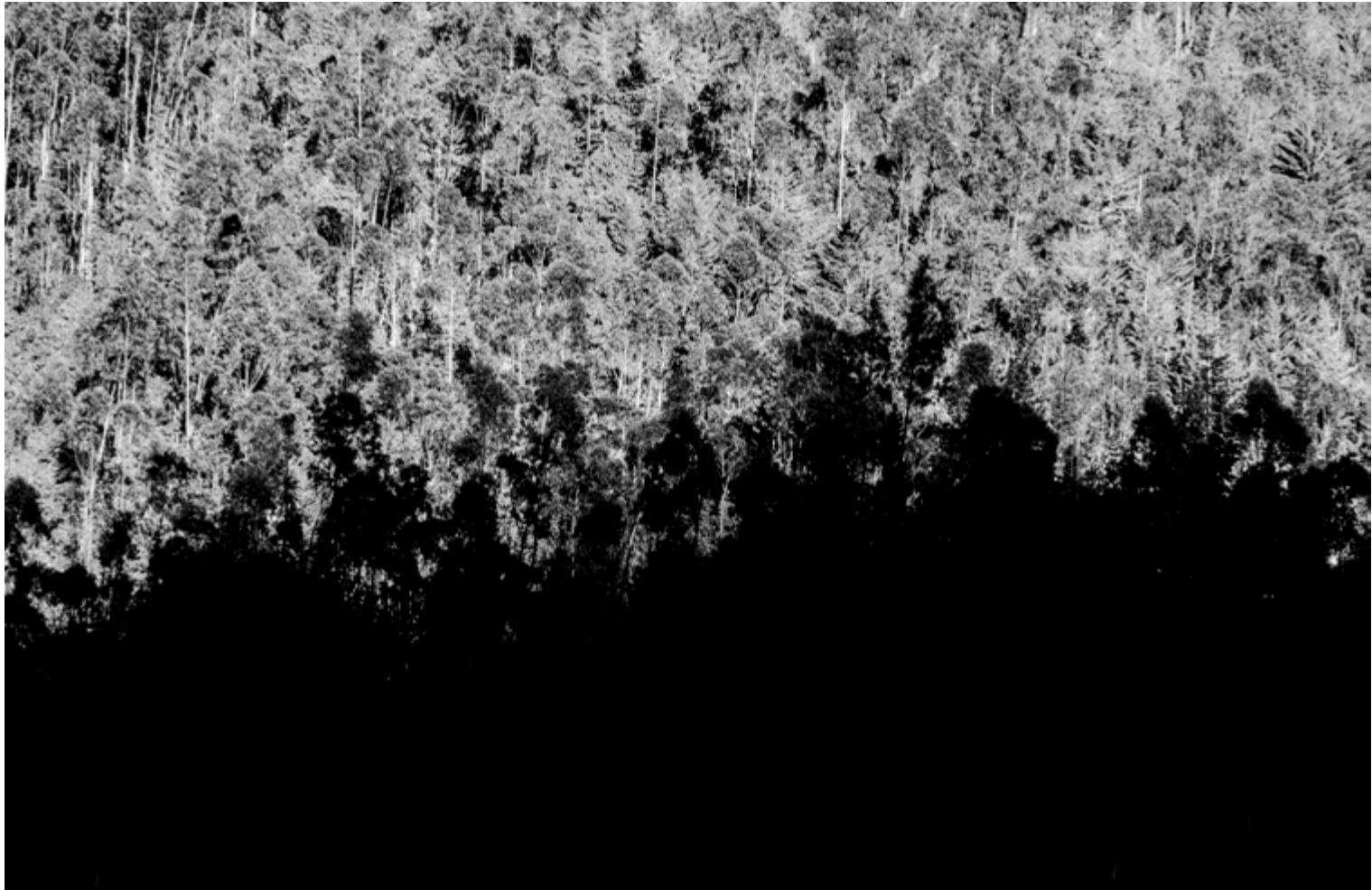
la sorpresa y el amparo

el sillón

una mano cauta

lo gris cuando camina

el jazmín



desde la esquina del sillón

el bosque y su laguna.

la vista que se pierde,
la vastedad que agrieta el muro.

*(apago voces y rostros,
los espacios que
imaginé y son míos...)*



ella busca el borde de la hoja. supone un peso.
se decide. asiste.

sin más, cada palabra la vuelve espacio,
espacio, casi en puntillas.

camina con vehemencia
la extensión
que
palpita.

la besa. una arista húmeda
deja de ser temblor.

ella busca el borde de la hoja, lo habita.



crear el tiempo a pesar del camino.

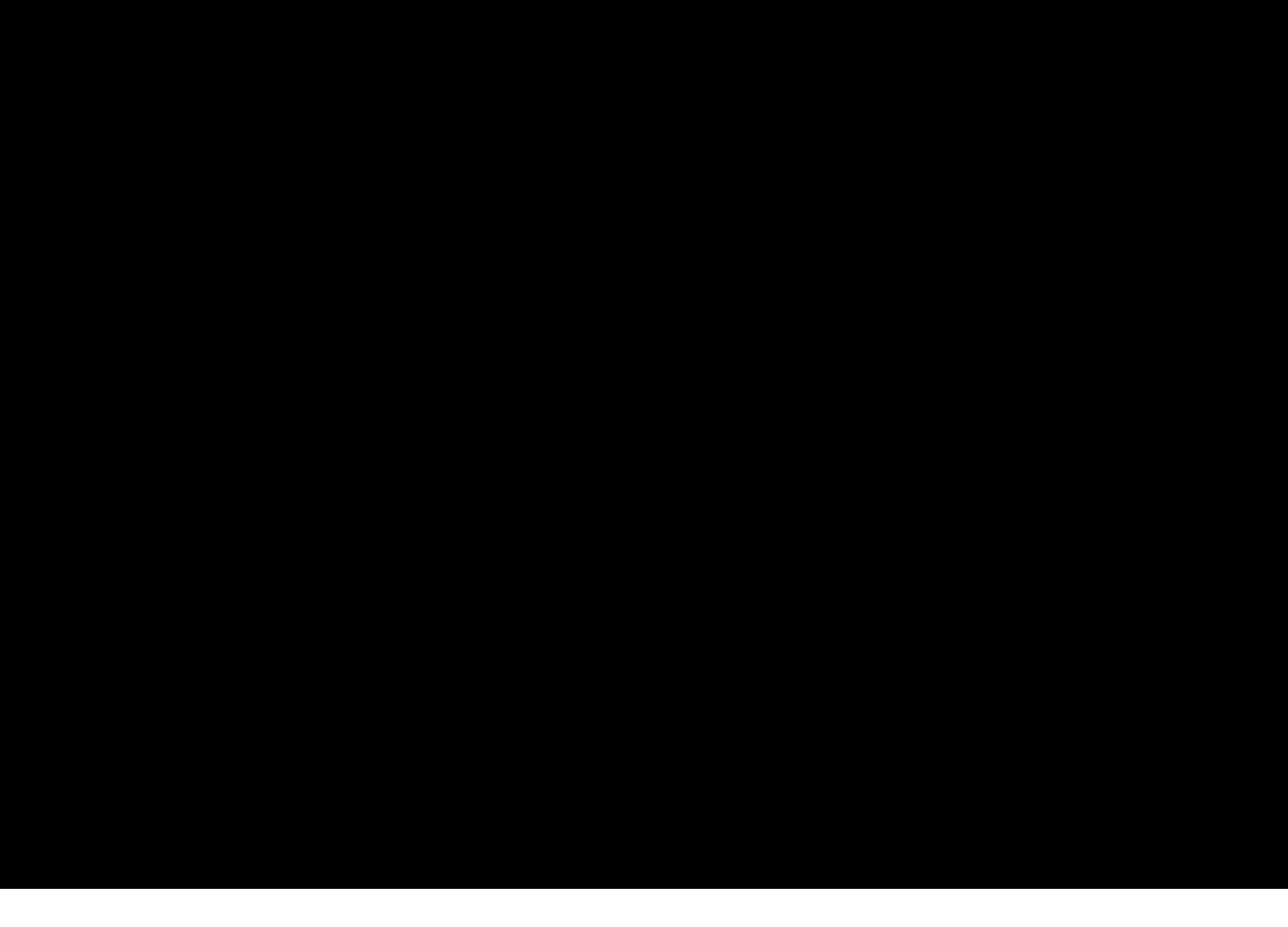
extenderse y palpitar *el signo.*

recortar la ciudad.

ofrecernos como se desnudan

las cuevas

(habitarlas dudando del paréntesis.





mi mujer es la montaña.

cuando me cansa el mundo lo desnuda
y brisa los lagos que penden su
costado.

por ella la flor tienta el sueño, camina descalza y ausenta la habitación.

quedan, claro, las huellas de su prisa
porque
todo
es
tiempo
hasta que llega y lo reinventa

sosteniendo una palabra
que amanecen nuestras hijas
y el péndulo que marca la voz.

mi mujer es agua, paisaje, valle.

luz que comunica el vendaval y las esquinas,
los caminos, las colinas y sus pasos.



I

la intermitencia es una danza.

el eco que deambula y dormita.

*Cuando una ciudad te busca
es mejor reír, sin prisa.*

*Cuando una voz está de más
se teje una ventana.*



II

por habitar una Palabra

los bosques dialogan y seducen un embrión.

después, Nada.

- *llamas la puerta que arde y sin embargo te niegas a jugar entero.*



tanta infancia en
la habitación desnuda.
un dolor en los brazos,
la cobija de invierno,
una cadencia doblando la pared.

el mundo tras la hora.

un río que no huye.

algún grito.

la vehemencia.

una red que deja el nudo.
la palabra tejida en un armonio.
el silencio de mi hija en un tambor.

las alarmas.
las banderas.

el decir y sus espejos.



la ira es una negación gaseosa,
furtiva,
independiente.

incandescencia gris: estridencia y paréntesis.

unívoca, irracional y necesaria.

es Dios de espaldas.

un olor mediocre, invasivo,
una voz que escupe,
un recuerdo fétido,
una incapacidad,
un dolor

y la necesidad de repetirlo.

la ira es ella, sin necesidades.

es sangre y feca.

aguda e imposible.



cuando se pulsa el sueño
y
vuelve
tejido

todos
los
ríos
somos.



utilizar la forma,
desplegar el mundo,
poblar la voz.

crear el contacto y sumergirlo...

alzar los ojos,
cerrados,
cortar el aliento en cantidades iguales,

precisarlos.

ir sin mirar a los costados.



las virtudes

1

la quietud es una pausa, un estribillo.

su profundidad depende y pende en un vaivén.

*(habitar las horas que anticipan el día,
indagar aquello que sostienen el vapor
y las formas que toma desvanecer...)*

no suponer. no mendigar.

2

la palabra es un poder y la voz es tu vos para reconocerte.

3

el tiempo es una alegoría, un vitral.

4

el miedo es ripio, un cuadro sin enfoque,
un tercero escondido en el chaparro.

5

la quietud es un tropiezo, una cúspide,
el viento que no llega a la montaña.



para que siempre estés.

para envolver tu nombre
en la bufanda.

para decirte al oído
y desde la montaña
cuánto y cómo me amo, desnudos.

para ser digno y claro.

para burlar charcas, espejos horizontales y horizontes llanos.



que un salto sea voz, repentinamente.

que un guiño proponga el día, un bostezo.

que el silencio me encuentre inundando la verdad que duerme.

que me pierda para actuar perdido.



Tríada

I

una espiral

un flujo

un zumbido

una gota suspendida

(la vuelta al lago acopia el verdor del cierzo.

la semilla ya fue ave.

la piedra sabe la sed que trae el agua.

una huella se labra hasta ser niebla.

nada fallece...

II

una espiral

su flujo

un v ó r t i c e

(la vuelta a la montaña trae musgo.

una sonrisa diluyéndose infinito.

Todo vuelve

se abandona y

distancia.

III

una espiral

un flujo

una c o r r i e n t e

(la vuelta de los años vencidos.

la consonante experiencia de la

flor...



me tianta un claro en lo hondo del charco...

sus viejos temblores, su forma pálida.



-un susto es espiral ¿te has fijado?

(una campana...

todas mis flores resuelven su palabra)

caminando

la

pared

que

me

apartaba

tu casa

tropecé un trozo de tronco hueco, que,

inoportuno,

importunó.

-mañana serás de nuevo mañana.

(después es siempre un día solo...



- la hoja en blanco es un amanecer.

(cada línea una ventana.

caminar es el acto de volver.

confiar es el acto de saber.

soltar es el acto.

- siempre he sido uno con el río.

(piedras de espuma y sol.

- demasiado tiempo bajo la misma sombra enmudece.

(el silencio se vuelve ritmo cuando lo abrazamos.

- no existe fracaso, solo variación.

(el cambio humedece lo que esperas.



una puerta se guarda aquello que el hombre advierte;

su majestad,
su palabra.

el mundo con él y en él.

una puerta sostiene un riesgo,
lo inventa,
nos es amable y nos niega.

una puerta es Nadie;
gira, dictamina
y reclama.

*el tiempo no se mira en ella.
el agua no sabe de ella.
la ciudad se guarda de ella.*

una puerta no termina;
ninguna figura
duele un hueco tímido en la luz.



para que me escuches cuando escampa
y sepas que sigo.

para no olvidar
y hacerlo.

para alzar la voz en la quebrada
y sanar el follaje.

para clarear el espanto
y burlar la máscara.

para sentir. volver. callar.

para entender lo que es un espacio
y descifrar la desnudez que lo entibia.

para nacer. Escuchar. devolver. luchar. tejer.

para merecerlo.

para deambular.

para cantar. gritarlo. girar.

para dormir.

para valer. para justificar.

para agradecer. para llenarlo. para pedirlo.



¿verdad que te sorprende el mundo
cada día
colgado a tu ventana
y que ríes y acompañas la distancia preguntándote,
a solas,
qué es de mí?

¿que tu voz pulsa un latido
y martilla
el silencio de mi espacio danzando eso que llamas,
ahora,
sequía y voluntad?

¿que encuentras la infancia
y acuarelas cuando río
y tropiezas un eco
y miras las montañas en donde podría estar?

¿que te abrazas y hundes y te confunden los aromas que asisten al alba?



acerca tu mejilla al bosque y los vientos que más temes.

colúmpiate fuera perdida en el abrazo que lanzo sin intención.

sube, salta, diáspora y sonríe cuando me veas llegar;

corre, vuelve, tiembla y decide el
hogar con sabor a yesca, pan y chamiza.



una noche y el borde
de un sendero tarareando el bosque;

una voz de niebla y rudras;

un fondo
que se abre al vientre,

una sorpresa,
su pregunta y el espacio...



¿viste que te encuentro al fondo de un trigal verde, rectangular, espacioso; de pie sobre el tabique de madera que sostiene el balcón casi a ras de piso, también de madera, desde donde respiras la huerta, el río y la montaña, reclinadas las rodillas, sonriendo cada paso del sueño despeinado que se acerca mientras, a la distancia, observo y sostengo el corazón hinchado de tu nombre mojando la tierra asistiendo el rumor de la Verdad?



cuando empieza la luz todos los reflejos escapan



quiebra el barullo de una vez.

guarda un tiempo dentro del Tiempo para pensarte a tiempo.

pronuncia una palabra

y,

danzante,

ingresa.

(que la luz del día te encuentre sin avisos.

que nada tengas para ocultar.



no es tu nombre el que crece a tientas
ni es mi voz la que tiembla un rostro
para sonreír.

no es tu aliento el que precipita la jornada, la espera,
ni es mi pulso el que levanta el día para que lo veas.

es la gracia tendida

(hilo y espuma)

que regresa
y se repite
y espera
y se entiende
como la voluta que define el río.



nada es de nadie.

apenas llenamos vacíos transitorios.



un triángulo sostiene el amanecer.
de él dependen la razón y la palabra.

la mañana es una textura, un susurro, un manantial.

la luz palpita y un sonido
puebla la habitación

mientras

mi corazón se hincha en un doble
y extraño movimiento.

Tu vos, en silencio. Luz en el revés de los párpados.



la tarde resbala y susurra.

(el guerrero sabe lo que enfrenta.

una voz tiembla el vacío.

(la coherencia es un lujo que no siempre se acuerda.

entre la mañana y dejarte ir prefiero la montaña.

(todos los senderos parten y se bifurcan en mí.



sobre mi pulso se tiende tu aroma
y el impulso
que arroja
el mundo
vuelve
y se acuesta
ligero como una sospecha.

cada paso que doy
es un temblor que agujerea la pantalla.

la noche
se convierte en lago
y ondula tu nombre
que conjuga
cada ola
que somos
frente a frente
en la caricia y los reflejos
cuando lo que atas en mi boca
define las iniciales de tu rastro.



ningún lugar te pertenece.

todos los vacíos

son

indicios

En el caso de la fotografía de Juan Carlos Astudillo, logra algo muy meritorio y grato a la mirada de los ojos y del alma -si es que cabe separarlas así-. Me refiero a esa perspectiva, esa distancia, que permite asumir una suerte de actitud adámica: ver el paisaje como si fueras el único habitante del mundo y este fuera visto por primera vez por ojo humano alguno y, al hacerlo, se ejerce una suerte de poder constitutivo, término que tomo de la tradición filosófica para referir un proceso y la correspondiente serie de actos que desembocan en la conformación de lo real plasmado en la obra. Junto a esto, me ha dado por pensar que los textos colaterales operan como una especie de proyección, de ampliación y máxima realización del adamismo genesíaco, cuando de esa manera se pone nombre primero a la experiencia del encuentro con el objeto y, con ello, al objeto mismo y su irradiación óptica.

Josu Landa

